



¿Eres un refugiado? ¿Crees que nunca lo serás?

## Nota a la nueva edición: El mapa de la injusticia

Han pasado solo tres días desde que Rusia invadió Ucrania. Estoy en la estación de trenes de Przemyśl, en Polonia, cerca de la frontera con Ucrania. En su ancha cafetería hay familias, niños y niñas gritando, murmullos, cansancio o energía, según adónde se dirijan la mirada y el oído. Hablo con una familia sentada en una mesa alargada. Galina Sakalska, de Irpín, uno de los puntos más castigados por la guerra, está con sus dos hijos. Lleva zapatillas rojas, pantalones grises, un jersey de cuello alto, un gorro azul oscuro: dice que lo lleva incluso bajo techo porque han viajado durante muchos días y no quiere mostrar el pelo sucio. Pendientes finos cuelgan de sus lóbulos como lágrimas. La niña, que lleva una sudadera amarilla, juega con una piruleta. El niño no suelta el móvil: su melena cae sobre la pantalla.

—No somos refugiados.

Galina dice que su familia no es refugiada pese a que describe esa historia universal que se repite en tantos puntos del planeta afectados por el conflicto. Es cierto que hay algunas diferencias. Ellos huyeron en coche, alquilaron provisionalmente una casa en la montaña y al

final decidieron salir de Ucrania. En la frontera se encontraron una cola de vehículos infinita, y tras seis horas de espera se bajaron y decidieron seguir a pie. Su marido, cineasta, tuvo que quedarse en Ucrania, porque el Gobierno de Zelenski no permitió la salida de los varones de entre dieciséis y sesenta años desde el principio del conflicto: los necesitaba para la guerra.

—La suerte es que tenemos pasaportes. Por eso podemos ser simplemente personas, no refugiados.

Somos personas, no somos refugiados.

La palabra «refugiado» se ha degradado tanto durante las últimas décadas que ya solo remite a dolor y desprotección, pese a que en su propia etimología remite a ese lugar protegido al que toda persona puede acudir: el refugio.

En la frontera entre Ucrania y Polonia vi escenas diametralmente opuestas a las que aparecen en este libro. Voluntad política y popular para acoger a millones de personas que huían de la guerra. Coches privados ofreciendo viajes gratuitos. Transporte público gratuito. Voluntarios desviviéndose por los refugiados. Porque ellos sí que son refugiados: al principio, como deja entrever Galina, pudieron salir con su pasaporte, porque los ucranianos pueden viajar por la Unión Europea, pero pronto recibieron el amparo absoluto que necesitaban. La Unión Europea, que había ignorado otras crisis, recuperó una directiva de 2001 para ofrecer protección temporal automática a quienes huían de la guerra de Putin.

Ucrania demostró que las cosas se pueden hacer de otra manera.

Pese a que el éxodo ucraniano fue el más rápido desde que existe la Agencia de la ONU para los Refugiados

(Acnur), el mapa de la injusticia global sigue siendo el mismo. La imagen que define este mundo en movimiento no son las largas colas de coches en la frontera o las estaciones de tren plagadas de voluntarios tras el inicio de la invasión rusa, sino la del pesquero cargado de humanidad que naufragó el 14 de junio de 2023 en el mar Jónico. Ucrania ha añadido complejidad a la distribución de ese mapa de la injusticia, pero sus características esenciales permanecen intactas desde hace más de una década. Aumento imparable de personas refugiadas y desplazadas. Conflictos crónicos que languidecen. Nuevas guerras que causan más desplazamiento. Y políticas migratorias que directamente están diseñadas contra las personas refugiadas.

Han pasado más de seis años desde que publiqué este libro. Debido a su vigencia, Círculo de Tiza, editorial que siempre llevaré en el corazón, ha decidido reeditarlo. He revisado todos los capítulos, he actualizado datos y algunas historias que aparecen: los libros se cierran, pero las vidas siguen. También he añadido como epílogo una crónica sobre el cementerio de los desconocidos en Túnez, que para mí fue una epifanía, una reunión de tantas cosas que había visto, escuchado y sentido antes: todas están escritas en este libro. El resultado es un viaje por un mundo lleno de seres soñadores con el alma herida. Un viaje por un mundo de fronteras cerradas. Me gustaría que algunas de las ideas que aparecen en este libro —que no son mías, que son de las más de doscientas personas con las que hablé— formen parte de la cultura popular sobre las migraciones. De momento no es así. El marco mental sobre el que se asienta el conocimiento sobre los movimientos de la población es el impuesto por la extrema derecha racista. Conocimiento es

quizá una palabra inadecuada para referirse a la amalgama de clichés, desprecio y odio que conforma ese discurso. Pero es un discurso, al fin y al cabo. Lo que no existe es un discurso actualizado de defensa de los derechos humanos de las personas que se mueven. Hay muchos culpables de ese abandono ideológico absolutamente consciente. La falta de valentía y de pasión intelectual y solidaria del ámbito supuestamente progresista es imprescindible para entender el momento en el que estamos.

La buena noticia es que hay muchos caminos —tantos como los que toman los protagonistas de este libro— hacia un orden más justo. Creo en la capacidad de autogestión de las personas que se ven obligadas a huir: en este libro hay muchos ejemplos. Creo en la voluntad popular para acabar con la cultura de la muerte que se ha implantado en las fronteras. Aunque hoy me queden pocos motivos, creo en el poder del periodismo no para cambiar todo lo que se cuenta en este libro, pero al menos sí para explicarlo en toda su complejidad. Creo en cultivar el futuro, creo en una nueva hora, creo en la larga distancia.

Después de tantos años, me es imposible permanecer impertérrito ante las atrocidades que hoy se siguen cometiendo, porque antes que periodista soy persona. Este libro está escrito con amor por el detalle, el dato y el contexto, pero también con una emoción templada que en algún momento se desata. No fue fácil. Este es uno de los temas más importantes del siglo XXI. Por eso la indiferencia no es una opción. Por eso la indiferencia es violencia.

Barcelona, 9 de julio de 2023

## Prólogo: La historia de ahora mismo

Martín Caparrós

No queremos saber. Queremos, a lo sumo, informarnos —que con frecuencia es lo contrario—. Saber requiere tiempo y voluntad, la intención de entender, el compromiso de entender; saber te dificulta el recurso habitual de hacerte el tonto.

No queremos saber, como tantos y tantos tampoco quieren. Frente a esas mayorías hay personas, pequeños grupos que intentan levantarse. Creen que sí hay que contar lo que muchos prefieren ignorar, y que oiga el que quiera, el que no haya aprendido a cerrar los oídos. Grupos, personas: Agus Morales es una de esas personas y el inspirador de uno de esos grupos. *5W* es la revista que dirige, pero es, sobre todo, una actitud: la de querer saber a toda costa, sobre todas las costas.

Esa actitud es la que mueve este libro —para hablar de esos movimientos de personas que nos mueven el piso—. Por eso su trabajo es un trabajo raro, que consiste en ver cosas que muchos no verán jamás: grandes desastres y pequeñas traiciones, esperanzas perdidas y esperas anhelantes; la muerte de tan cerca como tantos la verán una vez



sola. Y en buscar aquí y allá los temas decisivos, y hacer sentido con todo eso que nos llega como imágenes sueltas, pequeñas historias que no se inscriben en la historia, cifras que no sabemos descifrar.

Los movimientos de personas —la intención de millones de cambiar su lugar por las guerras, miserias, persecuciones varias— marcan estos años. Antes, durante décadas, los estados ricos habían mantenido las migraciones «en un nivel manejable». Los extranjeros llegaban en cantidades controladas a países que los necesitaban para mandarles los trabajos más brutos, peor pagados. Sus presencias producían algún choque, cierta incomodidad; nada que sociedades que se pensaban fuertes no se creyeran capaces de asimilar. Hasta que, junto con el siglo, empezó la transformación del islam en el enemigo por excelencia: entonces algunos de esos migrantes se volvieron sospechosos, representantes del nuevo Mal Universal, y todo fue cayendo.

El miedo llegó a las cabezas y los televisores. De vez en cuando explotaba una bomba y explotaban los rumores de que sus responsables eran hijos de aquellos inmigrantes. Pero nada comparado a ese momento en que miles y miles se lanzaron a navegar, a marchar, a trepar hacia nuestros países. Los vemos, en general, a lo lejos, en las dos dimensiones de los televisores: naufragios con sus muertes, asaltos a los muros, campamentos de enfermos y de hambrientos. Y su efecto: esos reflejos de defensa, de rechazo, que hicieron que muchos europeos revisaran la idea que se hacían de sí mismos.

Dentro de algunas décadas alguien postulará que Europa dejó de creerse Europa en esos meses del verano de 2015, cuando decidió que ya no podía seguir simulando

que era una tierra de asilo y libertades —porque los que pedían asilo y libertad eran ajenos, eran la amenaza—. Dentro de esas décadas, dirán que fue la amenaza de esa amenaza la que permitió que crecieran las derechas populistas, el control social, la vida cada vez más turbia. Dentro de esas décadas, entonces, los que quieran saber cómo fue aquello recurrirán a libros como este. Y ahora también: los relatos de Agus Morales son una fuente inmejorable para saber —saber, no informarse— quiénes son esos que queremos ignorar, que queremos rechazar; de dónde vienen, por qué vienen, cómo, cuándo, adónde llegan los que llegan.

Y discutir qué son: él los pensaba como refugiados, cuenta Morales, hasta que se dio cuenta de que los que le interesaban no lo eran o no se sentían tales; de que no podía nombrarlos desde afuera, de que debía escucharlos, aprender cómo se pensaban ellos, cómo se definían —y contarlos—. Contar docenas de historias de personas como Ulet, cuya existencia tan fácil ignoramos; esos que, como dice Morales, «si hubieran muerto en Libia, nadie se habría enterado». Y restituir alrededor de esas historias particulares los datos generales que las hacen comprensibles, explicativas, elocuentes: útiles. Todo, narrado con la firmeza y la elegancia de un cronista confirmado: un periodista en serio.

Hace un par de años pensé mucho en intentar escribir algo así, un libro sobre los nuevos muros; desde entonces, cada tanto, volvía a preguntarme por qué no lo hacía. Ahora puedo contestarme sin más dudas: porque Agus Morales ya lo hizo. Por eso es un orgullo y una satisfacción y un trago amargo prologar este libro, que, más bien, quería haber escrito.